

EN JULIO DE 1968, yo me encontraba preparando la posibilidad de hacer un posgrado en la Universidad de Harvard, dos años después de haber obtenido mi licenciatura en Historia en la UNAM, un año y medio después de haber ingresado como profesora en esta Facultad de Filosofía y Letras. Después de lo que sucedió entonces, percibí claramente que, al menos por entonces, mi lugar estaba en mi país, participando como sujeto de la historia, en el acontecer de lo que constituiría un parteaguas para el futuro de México.

Por esos mismos días se iniciaba un proceso represivo por parte del gobierno, que en su inicio no parecía muy diferente de aquellos a los que nos habíamos habituado en toda la década anterior, y que no pasaba de resultar en algunos compañeros golpeados, unos cuantos más en prisión por algunos días, pero que finalmente salían en libertad. Sin embargo, la protesta por el ejercicio de

A cuarenta años del 68

ANDREA SÁNCHEZ QUINTANAR
(Profesora del Colegio de Historia)

del bachillerato y de las escuelas profesionales; por el Politécnico, se incorporaban alumnos de las vocacionales y las prevocacionales, y también de las escuelas profesionales; entraban también los estudiantes de la Escuela Nacional de Maestros y de la Escuela Normal Superior, quienes pocos años antes habían acompañado a los profesores normalistas en su lucha por reivindicaciones salariales y la democratización de su sindicato.

En realidad, cabe decir que los sectores estudiantiles de todas las instituciones de educación media superior y superior tenían antecedentes de participación en diversos movi-

permanecen vigentes hasta hoy: entre ellas se encuentra nuestra participación en la Coalición de Profesores, al lado de nuestros más admirados maestros: Wenceslao Roces, Adolfo Sánchez Vázquez, Luis Villoro y varios más, que forman una lista interminable. Aparece también la brutal sensación de la dignidad universitaria violada, cuando presencié la entrada de la fuerza pública en la Ciudad Universitaria, en septiembre de ese año; a ello siguieron el dolor infinito y la desolación el 2 de octubre, así como la indignación frente a la autoridad impuesta y represiva, y la tremenda sensación de impotencia a partir de ese día... Y después, el

diversos ámbitos educativos: los jóvenes académicos éramos un solo grupo con los alumnos de las escuelas y facultades, así como con los de los bachilleratos y aun de las secundarias, al mismo tiempo que recibíamos lecciones de ellos, y escuchábamos las de nuestros maestros que podían darnoslas. Al mismo tiempo, también nos atrevíamos a interpelar a otros académicos que asumían posiciones retardatarias, incomprensivas de los procesos de cambio que estábamos viviendo. En el mismo sentido, fue notable también la unidad que se produjo entre el estudiantado de las diversas instituciones educativas, en otros tiempos rivales, que ahora compartían anhelos e inquietudes para luchar por ideales comunes y de interés para toda la sociedad. Tal conjunción de intereses logró borrar disensiones y confrontaciones menores, en un proceso que duró varios años, si bien posteriormente se desvaneció y, como muchas otras cosas, no se ha podido recuperar.

Esta vinculación intergeneracional e interinstitucional redundó en una proyección amplia hacia la sociedad, pues habiéndose iniciado como una lucha en defensa de las libertades democráticas, en el castigo a los responsables de la represión y en la insistencia en el diálogo con la jefatura del poder político, que nunca se logró, poco a poco se fue insertando en el encuentro de las carencias y demandas de los diversos sectores populares con los que el movimiento se fue vinculando en el breve lapso temporal en que se fue desarrollando. Para el momento culminante del 2 de octubre, difícilmente podía encontrarse en la capital una familia o un sector de la población que no contara con un elemento que

lo vinculara con el llamado “movimiento estudiantil”, con una actitud de simpatía y solidaridad –aunque también los había en sentido contrario–, que más adelante se tornaría en una sensación de desconcierto e indignación, que no ha acabado de encontrar cauce en formas organizadas de acción política y social, sino a golpes y tropezones y en saltos escalonados, en función de las condiciones mismas del desarrollo social y político.

Por último, es imprescindible mencionar los cambios que se produjeron en el ámbito educativo, que surgieron de la inconformidad estudiantil y académica por el anquilosamiento de una educación tradicionalista, desvinculada de los avances científicos y de la realidad social, que dieron lugar a importantes transformaciones en los métodos, las formas y los contenidos de la educación, tanto en las instituciones establecidas como en el surgimiento de nuevos centros educativos y en las modificaciones a planes y programas de estudio que perduraron durante varias décadas.

Muchas de las consecuencias de este proceso perduraron y aún se incrementaron en los años siguientes; tal es el caso de la participación de las mujeres en la política y los movimientos sociales. Sin embargo, en el sector educativo, la mayor parte de los cambios realizados se han revertido hoy día y se subsumen en los lineamientos impuestos por la globalización y el desarrollo neoliberal impuesto en el mundo por los centros internacionales del poder político y económico, y hacen ingente la necesidad de revisar estos procesos, para reflexionar sobre ellos, pero sobre todo para introyectar la experiencia de los acontecimientos de 1968 y sus consecuencias, para retomar esa experiencia, para rescatar los ideales y reconocer las necesidades populares, pero, sobre todo, para diseñar las formas de organización y las acciones para llevar a la práctica que hoy, como nunca, nuestra sociedad reclama. ♦

